

ciones con ojo desapasionado, y á la luz de aquellos criterios cristianos que faltan al entendimiento de los liberales, no puede menos que juzgarlo como una de las señales providenciales mas consoladoras de nuestros tiempos. El odio político, los enconos de partido y las seducciones del fanatismo antireligioso no tienen fuerza para causar un efecto tan universal, tan constante y tan generoso entre los pueblos católicos, tan diversos por razon de sus intereses temporales y por su misma nacionalidad. A un efecto tan amplio y tan estrictamente religioso no permite el buen sentido natural asignar otra causa que la religion; ademas de que los criterios cristianos nos dicen que solo el espíritu de Dios es capaz de producir en la catolicidad un efecto de esta suerte. De consiguiente, fuera de la virtud sobrenatural de Dios que nos inspira, no puede darse una razon conveniente de este fervor extraordinario de los pueblos católicos de Europa para las peregrinaciones.

Tanto mas, que ninguna utilidad temporal privada resulta á los individuos que de esta manera y á millares se acompañan en la peregrinacion y que ningun placer experimentan, salvo el espiritual de la piedad y de la fé; por el contrario, las modernas peregrinaciones, por las circunstancias de los lugares, de la manera de viajar y del concurso extraordinario de los peregrinos, no acarrear en lo temporal á los que toman parte en ellas, sino gastos, privaciones y molestias; y á excepcion de un desahogo de sincera é íntima religiosidad, no se ve que vayan á buscar otra cosa por largas horas tantas personas, acostumbradas á las comodidades de la vida, en montañas solitarias, en pobres aldeas, expuestas ademas, no pocas veces, á los ardores del sol y á la inclemencia de las estaciones.

Precisamente mientras estamos escribiendo es-

tas líneas llega á nuestras manos la carta de una noble y jóven señorita italiana, nada fanática, la cual da cuenta de una peregrinacion que ha hecho hace poco al santuario de la Santísima Virgen de Lourdes, y refiere de este modo lo que hacen allá los peregrinos.

Hé aquí sus palabras con aquella cándida sencillez de un estilo todo familiar. “¡Oh qué impresion tan saludable ha producido en mí esta peregrinacion! ¡Nunca la olvidaré en toda mi vida! Durante mi permanencia en Lourdes recobré mis fuerzas de un modo prodigioso. Desde la mañana hasta la noche no hacia mas que correr de la Gruta á la Iglesia. No descansaba yo un instante; y cuando antes, hacia muchos meses que me veia obligada á pasar horas enteras en la cama, despues de un paseo de media hora á pié en coche; en Lourdes no sentia ya nada. No pueden en lo mas mínimo ni expresarse ni describirse las impresiones y los sentimientos que allí se experimentan. Todo edifica, todo conmueve, todo inspira devocion. No hay hora del dia en que se vea solitaria la Gruta. Señores y señoras de toda nacion llegan en cada tren, y pasan horas enteras rezando con una devocion que encanta. Lo mismo hacen los jóvenes de todas edades. No se pasa el tiempo en platicar ni en mirar otra cosa mas que la Gruta. En la iglesia, que está sobre en siete ú ocho altares, y comuniones en gran número. Lo que me ha conmovido y edificado sobremanera, ha sido el ver á una gran muchedumbre de señores y de jóvenes confesarse en pública iglesia, y á las mujeres del pueblo comulgar con un gran rosario al cuello juntamente con las señoras delante de todos.—¡Hé aquí, decia yo para mí, lo que salvará á la Francia y al mundo!

“ A esto siguen las ofrendas de cera y otras cosas que hacen diariamente todos los que van á visitar la “ la gruta, lo cual es imposible imaginarlo.” Tales son los actos de bárbaro odio y las invocaciones salvajes con que los *beatos* cansan en Lourdes el trono de Dios.

Si pues en todo esto hay algo de maravilloso, como lo es en realidad, no podemos menos que reconocer una causa religiosa y sobrenatural que lo produce; porque á la verdad, seria mayor maravilla que reuniones tan numerosas y encaminadas á un mismo fin, y éste puramente espiritual, fueran el resultado de una causa política, que jamas puede existir, tratándose de tantas naciones tan diversas por razon de su origen, de sus tendencias, y por la infinita variedad de sus intereses particulares.

Concluiremos, pues, con todos los escritores católicos que este raro y admirable acontecimiento señala ciertamente el dedo de Dios, *digitus Dei est hic*; y que es una de aquellas manifestaciones de su gracia que preceden por lo comun á sus grandes misericordias para la salud de los pueblos que están en peligro. Por este motivo, á los incrédulos que se burlan y escarnecen las peregrinaciones con la risa en los labios y el pánico en el corazon, no vacilamos en decirles: *Venid y ved las obras del Señor, las maravillas que puso sobre la tierra.*¹

IV.

Existe á la verdad una diferencia entre las peregrinaciones de los tiempos anteriores y las de los nuestros; pero no es la que han soñado maliciosamente los liberales anticristianos. Descúbrese esta diferencia en el modo, en el fin y en la significacion de las de las dos edades.

¹ Psalm. XLV, 9.

Antiguamente peregrinaban á los santuarios, ó individuos particulares, cada uno aisladamente, ó pequeños grupos y compañías, á lo mas de un solo pueblo ó de una sola ciudad; mientras que al presente se ven concurrir los fieles á millares y de puntos diferentes y á veces muy remotos; y acuden allí todos juntos y en dias determinados. Esta diversidad de modo proviene tambien de la facilidad que hay ahora de viajar: pero mas bien que de esto, proviene de la concordia de los fines que los peregrinos en masa y declaradamente se proponen conseguir.

Dos son estos fines: uno practicar en comun y colectivamente un acto público de fé; y el otro implorar en comun y colectivamente la clemencia de Dios, para remedio de tantos males que afligen á todos en comun y colectivamente, y que empeoran cada dia.

Las poblaciones católicas en Europa han caido casi todas bajo el imperio de gobiernos anticristianos, que con sus leyes y con sus instituciones pretenden reducirlas poco á poco á la apostasia de Dios y de su Cristo. El ateismo legal tiene ahora la ventaja; en todas partes el liberalismo manda por fuerza. Se quiere de hecho y de derecho desterrar á Jesucristo de la sociedad civil. Mas los pueblos no quieren estar sujetos á esta cruel impiedad; pero no pudiendo moralmente hacer otra cosa, se esfuerzan en probar con actos colectivos que ellos quieren permanecer cristianos y católicos, reconocer siempre por su Dios y Rey al Creador y Salvador de los hombres, vivir en su Iglesia y practicar su culto. A este objeto se dirigen sus grandes peregrinaciones, las cuales vienen á ser profesiones sociales de fé y protestas solemnes contra el enorme delito de la apostasia, del que se intenta hacerlos cómplices por aquellos que pretenden representar sus derechos, sus intereses y su voluntad.

Ademas, estas mismas poblaciones saben por experiencia cuán cierto es que *el pecado hace infelices á los pueblos:*¹ se ven oprimidos de calamidades de todo género, y rodeados de peligros extremos: observan casi en todas partes á la Iglesia de Cristo perseguida por los poderes políticos: reparan que, á no ser por la mano piadosa de Dios, la sociedad camina á la disolucion; y se unen luego á millares, acuden á los templos mas sagrados y venerados de sus tierras, invocan sobre todo el amparo y el socorro de aquella Virgen bendita que es omnipotente sobre el corazon de Dios, porque es su Madre, y con súplicas comunes piden ser librados de las desgracias tambien comunes.

Estas y no otras son las intenciones unánimes de la muchedumbre de católicos que van en peregrinacion á los santuarios mas insignes de la cristiandad; sin excluir por esto los fines particulares de cada uno segun sus necesidades y circunstancias. Es cierto que en los tiempos pasados nunca se admiró entre los diversos países tanto acuerdo en el fin de las peregrinaciones que emprendian; pero si tenemos ocasion de admirarlo en nuestros dias, porque las necesidades actuales del catolicismo y de la cristiana civilizacion así lo requieren; y porque á esto impulsa á los pueblos aquel espíritu de Dios que con admirable sabiduría asiste siempre á su Iglesia, y proporciona alivio en los males y medios adecuados para llegar al fin.

V.

¿Qué tienen, pues, que ver en estas demostraciones de fé y de caridad cristiana, los ódios y los perjuicios inventados por el insano cerebro de los

¹ Prov. 14, 34.

liberales de mala ley? ¿Acaso es una falsedad que “la revolucion consume la vida social, que va perdiéndose la fé, que el culto es escarnecido, que la Iglesia está encadenada y que su jefe se halla en prisiones?” Y si esto es cierto como lo es, ¿desde cuándo acá el rogar á Dios que remueva estas tribulaciones del mundo, y vuelva la paz, la tranquilidad, el órden y la seguridad á los Estados y á la Iglesia, ha de ser lo mismo que “invocar los efectos de la justicia divina contra sus propios hermanos extraviados ó culpables?”

Sabemos muy bien que los liberales, autores ó fautores de muchos de estos desórdenes se reconocen á sí propios en los “hermanos extraviados ó culpables;” y en este caso demuestran su buen discernimiento. Pero lo demostrarían mejor si no fingiesen tanto miedo de que los católicos no atraigan con sus oraciones sobre su culpable cabeza “los efectos de la justicia divina.” No, pueden vivir tranquilos porque no es esta la mente de los peregrinos suplicantes. Los “bárbaros ódios” se reducen en ellos á pedir misericordia para los extraviados; y las “invocaciones salvajes” se reducen á suplicar á Dios que ilumine las mentes ciegas, y mude los corazones endurecidos de los culpables. No justicia, sino clemencia, no venganza sino perdon es el que imploran postrados delante del trono de la Madre de toda dulzura. Esto es notorio: y lo saben tambien los liberales, que bajo esta ridícula acusacion ocultan el despecho que les causa otra verdad que viene señalada por las peregrinaciones, y que los atormenta vivamente.

Esta verdad consiste en que el ardor de los pueblos en defensa de su fé contiene un espléndido mentis á la impostura del liberalismo anticristiano. Nunca se ha hablado tanto como ahora de la soberanía del pueblo: nunca se ha clamado tan altamen-

te como hoy, que los gobiernos son puros y simples representantes y ejecutores de la opinion pública. Ahora bien, las peregrinaciones ponen en palpable evidencia que no puede encontrarse oposicion mas flagrante que la que se manifiesta entre el modo de obrar de los gobiernos y el sentimiento de los pueblos, entre las naciones como las considera la ley, y las mismas naciones como son en su realidad.

Esta evidente contraposicion es muy amarga para los interesados campeones del liberalismo dominante y sus secuaces; pero no atreviéndose á confesarlo abiertamente para no perder por completo la vergüenza, se lanzan contra los "ódios bárbaros y las salvajes invocaciones" de los peregrinos para arrojar escarnios y malevolencia sobre las peregrinaciones. Mas ni con sus invectivas ni con su malignidad podrian debilitar la mayor fuerza de significacion que las peregrinaciones modernas tienen sobre las antiguas. Dios Nuestro Señor que inspira este fervor en los pueblos cristianos, se propone entre otros fines, en órden á la libertad sectaria, que el mundo conozca cuán cierta es aquella sentencia de la Divina Escritura: *la iniquidad ha mentido á sí misma.*¹

VI.

En cuanto á los efectos de las peregrinaciones, parece que los adversarios están llenos de temor porque juzgan que, especialmente las de Francia, tienen una mira política; por lo demas, en cuanto á sus resultados en el órden moral y religioso, como incrédulos que son, ó mas bien, que fingen serlo, quieren hacer entender que se rien de ellos.

Buen provecho les haga.

¹ Psal. XXVI, 12.

Dejando aparte los efectos puramente políticos, que los satélites ponen en las manos de Dios no los buscan directamente los peregrinos, ni aun los de Francia, nosotros nos contentaremos con notar que los efectos morales y religiosos son excelentes y fecundos en bienes preciosísimos. Cuando Dios infunde en las masas de sus fieles el espíritu de oracion, es una señal de que se propone obrar cosas grandes.

Este espíritu predomina ahora en las masas de los católicos de todos los países: las necesidades, las angustias, los peligros de la sociedad cristiana y civil exceden todos los límites. Podemos, pues, inferir que la inmensa bondad del Señor se prepara para dispensar al mundo misericordias iguales por lo menos á las miserias que lo agobian.

Cuáles serán estas misericordias: lo ignoramos; pero los católicos se contentan con esta confianza que sostiene sus esperanzas y anima su caridad. Nada mas buscan. El último y final objeto de todas sus oraciones comunes y públicas, es mover la misericordia, no provocar la venganza del cielo. Es cierto, sin embargo, que el que no quiere acogerse á la misericordia tiene que experimentar los efectos de la justicia.

Pero esto no es imputable á las preces de los peregrinos, sino á la ley eterna de Dios, por la cual todo aquel que se niega á glorificarle como Padre piadoso, se verá obligado á hacerlo como vengador inexorable.

Entre tanto nos alegramos que el articulista citado arriba, sea uno de aquellos liberales que creen del todo inofensivas politicamente las peregrinaciones en Italia, que sostenga el derecho que los católicos italianos tienen incontestablemente de hacerlas, y desapruébe la conducta de aquellos, que en una patriótica ciudad de la Umbría, pusieron obs-

táculo á semejantes manifestaciones, y la de ciertas autoridades políticas que en alguna otra ciudad hicieron lo mismo.

Nada nos importan las razones burlescas que trae. Nos contentamos con la conclusion práctica, porque es equitativa y justa, y conforme á la misma civilizacion. Hasta ahora los católicos italianos han demostrado con su comportamiento en las peregrinaciones, que ni el órden público ni las consideraciones á la legalidad mas severa corren riesgo de ser alteradas por sus piadosas reuniones. El prohibirlas, pues, seria un rigor y un extraño abuso del poder.

Las oraciones en comun que los pueblos italianos hacen en sus peregrinaciones, no deben servir de inquietud al incrédulo; y sí de mucho consuelo para el que cree, aunque pertenezca al partido liberal. Todos tienen necesidad de hacerse propicio á Dios no solo en el tiempo de la vida sino principalmente para el momento de la muerte; y esto, ya sean católicos ó liberales, ya creyentes ó incrédulos. Sabemos de cierto que Urbano Ratazzi, algunos meses antes de pasar á la eternidad, habiendo encontrado en Roma á un venerable sacerdote piamontés amigo suyo le dijo, lleno de tristeza:—"Querido D. N., encomiéndeme vd. á Dios para que no me condene al infierno."—Nosotros aseguramos la verdad de este dicho y añadimos: si un liberal como Ratazzi pedia en confianza preces para la salvacion de su alma y hacia tanta estima de ellas, ¿por qué los demas liberales que creen en Dios y en el infierno, como él creia (*credunt et contremiscunt*) no aprecian las oraciones de los italianos que van en romería á rogar á Dios por su salvacion y por la de ellos? ¿Qué razon pueden tener para impedir las?

Esto supuesto, concluiremos dando el parabien á los católicos de Italia por haber llevado á feliz

término las peregrinaciones entre nosotros, y al mismo tiempo los exhortamos á que procuren aumentarlas y multiplicarlas. Las condiciones materiales de la Península hacen difícil la realizacion de peregrinaciones nacionales, es decir, tan amplias, que puedan tomar parte todos los individuos de una nacion; pero esto no impide que en cada provincia, ciudad ó pueblo, puedan hacerse con menor número de individuos y con mucha frecuencia. Por beneficio de Dios Nuestro Señor abundan en esta tierra clásica de la fé los santuarios consagrados á la Virgen Madre del Salvador y á los santos mas ilustres. Que acudan, pues, á ellos los pueblos de un mismo país, de una misma provincia ó de una misma ciudad, y los que por motivo de salud ú otros impedimentos no puedan hacerlo en persona, imiten el fervor y la fé de los católicos franceses y belgas escribiendo sus nombres al calce de algunas preces ó en algun libro, que depositarán en el santuario los que fueren á él, como un piadoso testimonio de su fé y devocion.

Fuera de esto, los que forman y los que dirigen las peregrinaciones, manifiesten y publiquen, como es cierto, que la romería no se hace por fines políticos sino religiosos, y anuncien por todas partes que van á orar á Dios y á impetrar la intercesion de su Madre clementísima y de los Santos, para aplacar la eterna justicia y para obtener el triunfo de la eterna misericordia en bien de la Iglesia, de su Jefe visible y de la Italia, y en bien de los enemigos de estos tres objetos que son los que mas ama todo verdadero católico italiano.